

# ¡Tierra y Libertad!

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00  
 Extranjero . . . 1'50

## LA PRENSA BURGUESA Y EL PROLETARIADO

En esta época en que la prensa, ese órgano de la opinión, pretende tener hegemonía sobre el pueblo en general y sobre el proletariado en particular, es necesario que se le demuestre que su influencia es nula, máxime cuando los trabajadores, en las luchas diarias con la burguesía y su aliado el Estado, ha adquirido toda una personalidad que en muchos casos sirve para hacer batir en retirada a los eternos sostenedores del privilegio, a los eternos adoradores del Becerro de oro del capitalismo.

La prensa burguesa es una especie de recipiente en donde vacían sus sandeces todos los inútiles de la vida que son incapaces de triunfar por la savia de su inteligencia o por la fuerza de su inventiva. Y así vemos cómo el periodismo es un factor de corrupción, donde la prostitución sienta sus reales, donde el vicio es propagado a los cuatro vientos, creando así un ambiente malsano en todos los órdenes de la vida: moral, material e intelectualmente.

Pero cuando la prensa se manifiesta con más tendencias corruptoras es cuando estallan los conflictos entre el capital y el trabajo, que no son otra cosa que la consecuencia de la organización capitalista, que está basada en la explotación del hombre por el hombre. Entonces, la prensa, tratando de orientar a la opinión pública, presenta al proletariado como un conjunto de facinerosos con el propósito de que aquella vea con antipatía a los trabajadores y se ponga al lado de la burguesía. No nos costaría ningún trabajo demostrar cómo muchos de esos periodistas han vendido algunos movimientos huelguísticos al capitalismo y a la autoridad, haciéndolos fracasar no bien se declararan.

Lo que ocurre con los movimientos obreros ocurre con la moral en vigencia, porque los periódicos que se declaran defensores de la moralidad todos están vendidos a las compañías explotadoras, económicas y financieras. Esos periódicos son ladroneras más o menos discretas, son el robo organizado, los innumerables chanchullos que se enrubran siempre con las emboscadas de los anuncios de tercera y cuarta plana.

Amén de esto, el periodista ejerce, no sólo el oficio infame de desmoralizador, sino que, generalmente, se convierte en un rufián y cuando no, en un policía. Bonafoux ha señalado algunos casos de periodistas indignos, de periodistas confidentes y policías.

Por estas razones, la representación del proletariado de Cataluña, reunida en la noche del 8 del corriente en el local de la calle Guardia, 14, para tratar de la forma en que había de prestarse la solidaridad a los compañeros huelguistas de Reus, acordó expulsar de aquel recinto a todos los periodistas, siendo ésta ya la segunda vez que les ocurre, pues hace un año también han sido expulsados del teatro Soriano, cuando se celebraba un mitin en pro de los presos políticos y sociales.

No puede ser de otro modo. El

periodista es un servidor de la burguesía, y para quedar bien con ella no tiene inconveniente en sacrificar a todos aquellos que se le pongan en frente; adulan a las autoridades ejecutivas para que el rey les regale una casa, que es todo su deseo; se prosternan ante todos los gobernadores para que éste les de la información diaria y para que cuando le vayan a mendigar largue algunos duros de los muchos que piden en nombre de esa *Sociedad de mendigos* que responde al nombre de *periodistas*; se arrodillan ante los alcaldes de la ciudad para que cuando den un beneficio, una corrida de toros, de los dineros públicos o privados les compren una cantidad de entradas para salvar el fracaso que pudiera ocurrir; le hacen el *rendibú* a todos los concejales y diputados para conseguir empleos y ser así personajes sin alma y sin dignidad, y reverencian a todos los políticos de más o menos influencia, siempre para servirse de ellos, cual los mendigos se sirven del público que les da la limosna para que no sucumban de hambre y de frío.

Los obreros de Barcelona seguramente recordarán con indignación la conducta observada por toda la prensa de Barcelona con motivo de la última huelga de tranviarios. Los periódicos se convirtieron en órganos oficiales de la Compañía explotadora.

La frase de Cánovas del Castillo, de que la prensa era el cuarto poder del Estado, no pasó de ser un humorismo, una *guasa*, propia de aquel andaluz. La prensa burguesa no tiene más poder que el que tienen los seres desaprensivos. Cada redacción parece un centro de negocios, y los que viven del negocio y del chantage pueden llamarse defensores de todo, menos de la libertad, de la dignidad y de la emancipación de los oprimidos.

El periodista de la burguesía es eso: un ser bajo y ruin, y los trabajadores han hecho bien en romper toda clase de relaciones sociales con quien haría su venta por menos que por treinta dineros, que dicen que cobró Judas por la venta del Cristo legendario. Pero es necesario que las organizaciones obreras, los grupos sindicalistas y anarquistas y los individuos sean consecuentes con la actitud observada en la asamblea de delegados del otro día negándole beligerancia a la prensa burguesa, no admitiendo que, bajo ningún pretexto, concurren los periodistas a los lugares en donde los obreros se reúnan; no mandándole ninguna nota para su publicación, afirmando así el propósito de crear una prensa propia que esté de acuerdo con sus intereses y sus aspiraciones.

Así como para defenderse de la avaricia capitalista, de la tiranía política y del engaño religioso y moral los trabajadores han tenido que crear organismos propios, sociedades de resistencia, grupos culturales, anarquistas y racionalistas, escuelas libres y atencos, así también tendrá que crearse prensa propia, para así poder influir en la opinión pública directamente, creando un ambiente propicio que sea un factor

importante en las luchas hacia el porvenir.

Frente a la burguesía y el Estado hemos colocado al proletariado revolucionario y anarquista, y frente a esa prensa burguesa e inmoral hemos de oponer nuestra prensa revolucionaria y anarquista sin mácula, anulando toda su acción obrera y antiprogresiva.

En el actual momento ésta debe ser la acción del proletariado revolucionario; obrar de otra manera sería suicidarse.

A la obra, pues...

## ¡A LAS MUJERES DEL PROLETARIADO!

Mientras que limitadas a vuestro hogar o al taller; únicamente preocupadas de proveer a vuestra manutención y a la de vuestra familia; absorbidas por los cuidados domésticos de vuestra persona o de vuestros hijos; agitado el espíritu, tanto por preocupaciones reales como por frivolidades, según las vicisitudes de vuestra situación material o los caprichos de la Fortuna, o bien gozando de una tranquilidad relativa; embotada la inteligencia por la pesadez de una vida monótona y estrecha, y empleando el poco tiempo disponible en necias y desmoralizadoras lecturas, en distracciones más estúpidas y corruptoras aún, en habladurías insípidas y mal intencionadas.

Mientras que indiferentes a la cosa pública; sordas al ruido exterior; el cerebro encadenado e inaccesible a las cuestiones políticas y sociales; no teniendo por las miserias individuales o colectivas más que una vana sensibilidad o lágrimas estériles, o una impenetrable dureza para los males ajenos que vosotras mismas no habéis sufrido.

Mientras que rehusáis obstinadamente a detener vuestras miradas sobre las cosas serias, que os estaban vedadas por las convenciones sociales y la opinión pública, aunque muchas de entre vosotras rompiesen violentamente con estas mismas conveniencias sociales y afrontasen únicamente esta misma opinión pública cuando se trataba de imitar a la burguesía decadente en sus ridiculeces y de seguirla en sus desbordamientos.

Mientras que todo vuestro pensamiento no giraba más que entre los polos del trabajo y el amor, entonces llegó la guerra...

La guerra, que ha devastado vuestro hogar; ha descompuesto vuestras ocupaciones; ha trastornado vuestra razón, violentando todas vuestras afecciones...

En esta noche oscura en que se movía vuestra inteligencia, en vuestra profunda ignorancia de las causas de la guerra habéis creído, porque os lo han dicho, que la guerra actual era debida a este simple hecho: «Al otro lado de la frontera hay un pueblo de «bárbaros» y de imbéciles, gobernado por un emperador loco que sueña en reunir el Universo, o al menos Europa, bajo su cetro.»

Y en vuestra necesidad de odiar por los sufrimientos que pasáis, maldécis y execráis a este pueblo y a este emperador y deseáis que todos sean inmolados en holocausto de los seres queridos muertos...

Ahora bien; ¿Quién os ha dicho esto?

Hombres políticos, periodistas, escritores, la mayoría héroes de andar por casa, que explotan vuestra ignorancia, vuestra credulidad, vuestra candidez, como los que les pagan explotan vuestra fuerza-trabajo y la de toda vuestra clase.

Inclinados sobre sus retortas, estos alquimistas de nueva clase, preparan un veneno sutil y mortífero: el odio de los pueblos, y lo venden en seguida a los proletarios bajo el nombre de licor «patriótico» y «generoso».

Protegidos por la policía y la magistratura; dispuestas ambas a cerrar la boca a los que quieran demostrar su impostura, como antes intentaron cerrársela a los que denunciaban la guadaña patriótica, estos

charlatanes, patentados y viviendo en la abundancia, os presentan sus drogas y envenenan vuestro espíritu y vuestro corazón con hermosos discursos que aprendieron a formular en escuelas que pagáis, pero a las que no habéis asistido. Sin eso no os dejarais deslumbrar ni engañar, porque sabríais que con tan bello lenguaje, con una misma sonoridad de acento, podrían vender cualquier otro brebaje.

Y la prueba está en que a los demás lados de las fronteras, los mismos hombres intoxican del mismo modo a las mujeres proletarias que, como vosotras, han cerrado sus ojos, sus oídos y su inteligencia a la vida de las sociedades.

Porque si hubierais mirado, escuchado, observado y reflexionado, habríais comprendido y sabríais, sin haber pasado por grandes escuelas, discernir la verdad de la mentira interesada.

Pero si hay por encima de todas las fronteras, envenenadores del alma proletaria, hay también siempre en todos los países, y cualquiera que sea la bajeza de una época, algunos que se levantan para gritar a la masa: «Estos hombres os engañan; lo que venden es la muerte física y moral de los individuos y de las naciones, en la vergüenza y en la ignorancia. ¡Atrás los impostores! ¡Fuera los miserables! ¡Y que su droga infernal sea rechazada en tromba fuera del mundo viviente!...»

No es verdad que los alemanes sean «bárbaros». Y si interrogáseis vuestro buen sentido natural, en lugar de emborracharos con la absenta nacionalista, vosotras que habéis conocido sin duda algunos de estos pretendidos «bárbaros», convendríais que si ellos no tenían vuestras cualidades, poseían otras no menos apreciables que las vuestras; que si tenían defectos diferentes, no eran por eso más malos.

Y comprenderíais que si algunos cometen en la guerra actos reputados «bárbaros», es a la medida en que éstos puedan llevarse a cabo por los individuos de cualquier ejército. A la milicia son incorporados, en efecto, los hombres llamados a ser toda su vida buenos ciudadanos y padres de familia y los predispuestos a poblar las cárceles, los presidios y los manicomios de todas las naciones, los hombres en quienes la firmeza del carácter y la disciplina moral contienen los malos instintos de la naturaleza humana y en los que la brutalidad de la guerra despierta y excita fácilmente la bestialidad de su especie y les conduce a las épocas primitivas. Y los dos tipos existen lo mismo en Francia o Alemania que en cualquier país.

Si hubieseis leído y retenido, sabríais que los mismos que hoy os azuzan contra el pueblo alemán, os excitaron antes contra otros pueblos, hoy sus amigos; que esta acusación de «barbarie» ha sido lanzada por los gobiernos y la prensa hostil contra todos los pueblos en guerra.

Sabríais que durante la primera guerra báltica la prensa francesa, en mayoría favorable a los aliados (búlgaros, serbios, griegos y montenegrinos), aceptaba y divulgaba todas las acusaciones contra la «barbarie» turca, y no hubiera admitido que un solo acto reprehensible se imputase a uno de los otros beligerantes. Sin embargo, en la segunda guerra báltica, serbios, griegos, montenegrinos y búlgaros se acusaban recíprocamente de los crímenes que la víspera consideraban no poder ser cometidos sino por turcos. Y nuestra prensa, en mayoría favorable a los griegos, serbios y montenegrinos, juzgaba entonces que los bárbaros eran los búlgaros.

Estas variaciones, estos juicios tan diversos y diferentes, ¿no son la prueba evidente de la mala fe habitual de la prensa y los gobernantes contra sus adversarios? ¿No deben ponerse en guardia los pueblos contra tales fementidas aseveraciones?

Tampoco es verdad que los alemanes sean «imbéciles». Sin duda tienen una masa ignorante e inconsciente que se deja engañar y conducir por las clases dirigentes y políticas de Alemania, como la masa idéntica de Francia y de otros países y del mundo entero.

Esta masa, mujeres proletarias, es la que constituye la fuerza y la seguridad de la clase explotadora y hace difícil la penosa labor de los que luchan en contra de toda explotación en nuestra humanidad.

No es cierto que el emperador de Alemania sea el único responsable de la horrenda matanza que ensangrienta al mundo, ni tampoco su casta militar. Aunque fuese tan loco como se pretende y hubiera soñado en poner a Europa bajo su bota, hubiese sido incapaz de hacer estallar la guerra, si las fuerzas armadas, mucho más poderosas que la vesania de un emperador o una casta, no hubieran sido acumuladas en todos los países por los gobiernos.

Ciertamente, el emperador de Alemania, la casta militar de Alemania, las clases capitalistas de Alemania, tienen, junto con Austria-Hungría, una gran parte de responsabilidad en la guerra actual. ¡Odiadlas y maldécidas! Pero pensad que, por grande que sea su responsabilidad, hay en Rusia, Francia, Inglaterra y aun en Serbia, capitalistas y gobernantes, nacionalistas y militaristas, cuya responsabilidad es también formidable y que merecen, por tanto, una parte de nuestro odio y execración.

Y como el odio de los proletarios no debe ser un fuego interior, una fiebre ardorosa que devora y consume, sino que ha de ser, al contrario, una llama que excita a la lucha contra todos los autores de los males sociales; como es más fácil y sobre todo más lógico luchar en la propia casa que fuera, luchemos, pues, contra nuestros capitalistas, nacionalistas, militaristas y gobernantes, nuestros enemigos más cercanos.

¡MUJERES DEL PROLETARIADO! Si no queréis que la guerra os torture y venga de nuevo a sacrificar vuestros pequeños, sacudid vuestra apatía, salid de vuestra mediocridad intelectual, tomad parte en la lucha social.

No esperéis que supriman las guerras los que de ellas se benefician.

Para abolir la guerra no es preciso uniros a las clases gobernantes de vuestro país, sino a las clases obreras de las otras naciones.

La unión santa, la sola y verdadera «Unión Sagrada», es la de todos los explotados contra todos los explotadores.

La guerra «libertadora» es la Revolución social que destruirá para siempre todas las clases y castas dominadoras.

La bandera que os debe agrupar para combatir, vencer y morir es la de la fraternidad universal.

Comité de acción femenina por la Paz contra el patriotismo.

Traducción M. C. I.

## ¡ATERRIZANDO

desde las altas regiones de la Anarquía

### Alemania libertadora

Quienes hayan dicho que Alemania es una nación opresora y militarista, que se estuvo preparando para la guerra durante los cuarenta años que van desde 1870 hasta nuestros días; que ha inventado y puesto en práctica cañones como el del 42 y la «terrible tormenta» con que se cargan los proyectiles que lanzan sobre Londres, se equivoca, porque Alemania es una nación libertadora. Nada importa que haya ahorcado el pensamiento libre de sus ciudadanos; que los haya domesticado; que haga servir a los sabios y artistas cual vulgares meretrices del Kaiser y haya explotado las colonias y anulado algunas pequeñas nacionalidades independientes, si ahora, en las condiciones de paz que propone, según *La Tribuna*, de Chicago, aparece como una nación eminentemente libertadora.

Ahora, véanse esas condiciones, que son las siguientes:

«Libertad absoluta de los mares, que haga imposible en el porvenir todo bloqueo naval.

Libertad absoluta de los judíos en todos los países.